

1. Uno de los hechos de mayor relieve y proyección para el futuro de este país, verificado en los últimos veinte años, fue la redefinición integral de sus fronteras físicas, económicas e ideológicas. Ni siquiera allí donde la denominación política se mantuvo puede afirmarse que la relación de fronteras es la misma, puesto que se alteró por completo el gráfico de referencias al que cada poder político tiene, ya la necesidad, ya el deber, de atender. Esa España, esa Africa del Sur, esa China con que nos encontramos en contigüidad geográfica, no son las mismas de los años cuarenta. Y no son las mismas sólo porque su estructura interna se modificó eventualmente, o porque el margen de su espontaneidad se llenó con nuevos proyectos, nuevos rumbos, nuevas metas. Tampoco son las mismas porque una amplísima teoría de problemas que les afectan, y en cuya solución pretenden participar, o bien cuyas consecuencias deben sufrir, está definida por la espontaneidad de los otros y sin la propia contribución. También esto es aplicable a nosotros mismos, con la diferencia de que poseemos un factor de multiplicación que únicamente se encuentra en unas pocas grandes potencias, factor entrañado por la dispersión de las fronteras geográficas en una multiplicidad de latitudes. La multiplicación de centros de decisión más o menos autónomos, correspondiendo en mayor o menor estilo al tradicional concepto de Estado, implica naturalmente el desarrollo en flecha ascensional de una serie de problemas a los que todos deben responder, y de un fenómeno de acomodación de intereses que forzosamente se han de traducir en gran inquietud mundial. Las relaciones de los países, o más rigurosamente, de todos los centros de decisión con autonomía política obedecen a una ley de creciente complejidad, que a medida que aumentan las independencias torna más severas

---

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en la «Casa do Infante», en Oporto, el 3 de marzo de 1966.

y minuciosas las interdependencias. Las posibilidades de desacuerdos de relieve son mayores cada vez y, en contrapartida, los procedimientos de que disponen los necesitados para la definición de acuerdos resultan cada vez más complejos y de difícil aplicación. Así sucede para con aquellos países cuyas fronteras geográficas se mantuvieron sin mudanza de identidad de los poderes contiguos; pero no creo que sea preciso demostrar que la complejidad aumenta en relación a los países que, cual el nuestro, fueron vecinos de todos los cambios. El simple fenómeno, inevitable, de la contigüidad geográfica, multiplicó por un impresionante factor el número de fronteras de centros de decisión, con los cuales estamos obligados a mantener relaciones. Durante la última gran guerra tan sólo teníamos como vecinos geográficos seis centros autónomos de decisión (España, Francia, Bélgica, Comunidad Británica, Holanda y China) y únicamente uno de ellos no obedecía al mismo sistema cultural, por no ser europeo, lo que significaba la posibilidad de referir las conductas y los problemas comunes a una escala común de medida, es decir, un derecho internacional y una tradición diplomática que era patrimonio de todos. Después, transcurridos veinte años, sólo en Europa somos vecinos de un país integrado en el mismo sistema cultural, y por todo el mundo los centros de decisión, amén de dejar de ser europeos, se multiplicaron. La situación del mundo es tan confusa que ya no se trata de un problema de simple recuento. De todas formas, puede decirse que en este momento somos vecinos, en lo que a continuidad geográfica se refiere, de unos doce poderes políticos que es preferible no enumerar, para que ninguno parezca olvidado. La verdad, sin embargo, es que ninguno de ellos se dejará olvidar y que la red, cada vez más espesa, de las interdependencias busca soluciones a la luz de concepciones culturales que no tuvieron reflejos en el derecho internacional, en función del cual desarrollamos nuestra legítima definición de país responsable. No obstante, éste es apenas uno de los aspectos de ese nuevo hecho que es la redefinición de las fronteras portuguesas, el que mejor sirve de ejemplo por ser el más evidente, dada su inmediata expresión en los mapas. Pero no es, desde luego, el único importante, a pesar de su espectacular manifestación en los casos de violación de frontera por el terrorismo. Por encima de ello, y con las repercusiones duraderas para el futuro que son de imaginar, la redefinición de las solidaridades económicas, por iniciativa ajena, implican nuevas formas de vecindad que influenciarán nuestro panorama socio-económico, los planes de desarrollo, la propia evolución demográfica. Un campo, además, en donde la iniciativa ajena que nos afecta no es sólo de origen económico o estatal, puesto que no es posible ni debe ignorarse la importancia

internacional que tiene en Occidente la iniciativa privada, complejísima, maleable, estudiosa, perseverante, muchas veces competidora del poder político, supletoria con frecuencia, casi siempre escuchada, influyente, y por regla cooperatora. Desaparezcan las fronteras culturales, cuya relevancia política era diminuta cuando su expresión pasaba por una capital europea soberana, pero que hoy se manifiestan de manera directa, y con la preocupación y el prejuicio de la originalidad. Añádanse las fronteras espirituales, para las cuales la feliz inspiración de Juan XXIII llamó la atención. Finalmente, y sólo para no extendernos en la enumeración de las facetas de este problema mayor de nuestro tiempo, obsérvese la redefinición de las fronteras ideológicas que de Bandung (1955) a La Habana (1966), en un plazo de diez años, parece estar consiguiendo establecer, por vía política, la buscada tensión dialéctica entre las sociedades industrializadas y las agrarias, relegando a un segundo plano las coincidencias, las semejanzas y las solidaridades históricas, culturales y religiosas. El número de países considerados independientes y con la suficiente autonomía todos ellos para suscitar problemas particulares, subió a más del centenar, siendo necesario añadirle las organizaciones supranacionales, internacionales, de estados y de pueblos, de movimientos legítimos y de movimientos clandestinos, y todo en casi todos los dominios de relación que puedan identificarse. Este panorama, con el cual nos enfrentamos, es también el mismo con el que se enfrentan todos los centros autónomos de decisión del mundo, viejos y nuevos, políticos o sencillamente económicos, culturales, espirituales. Ello significa que las relaciones transcurren entre entidades que buscan, cada una, su propia redefinición. Y no es de extrañar que la cantidad de relaciones en que todos están envueltos venga a alcanzar un punto crítico en el que la calidad se modifique. El punto crítico que de cuando en cuando aflora en la discusión de problemas, como por ejemplo, la cuestión de la Europa de las patrias y el Mercado Común, el escudo atómico de Occidente y la fuerza multilateral, el estado nacional y los grandes espacios.

2. El problema de las nuevas fronteras se presenta, en consecuencia, como una cuestión que exige prioridad de análisis por una parte, y por otra tornando evidente la necesidad de redefinir y recondicionar los instrumentos de acción de que dispone el Estado. Una redefinición y un recondicionamiento que no pueden ser únicamente materiales, teniéndolo que ser también de mentalidad. Sobre todo porque la multiplicación casuística y no planificada de los instrumentos de acción que se fueron forjando, tanto en el dominio público como

en el privado, al sabor de exigencias ocasionales o de inspiraciones individuales, no dejará de oponer alguna resistencia a la evidente necesidad de reconducir todo a la unidad de dirección. Así como la tradición de confiarlo todo en este dominio a instrumentos estatales, tampoco dejará de oponer resistencia a la necesidad de reconocer, aprovechar e incluso estimular ciertas formas de acción privada políticamente no comprometidas, nacionalmente indispensables, que son eslabones fundamentales en la red mundial de las interdependencias económicas, culturales y espirituales, especialmente en los dominios de la economía, de las profesiones, de la ciencia, de la juventud y de la religión. Espero tener ocasión de desarrollar este punto en otro contexto, pues de momento sólo pretendo abordar dos cuestiones que parecen situarse en el denominador común de todas las que quedan expresamente referidas o que recuerdan fácilmente. La primera atañe a lo que llamo el derecho a la imagen nacional y la segunda a la necesidad de crear la costumbre y los instrumentos de los estudios de previsión. En lo que respecta al derecho a la imagen nacional estamos justamente en uno de los campos en donde el hábito que fácilmente crea la autoridad, de suponer que todas las voluntades e inteligencias están dispuestas a obedecer a la primera palabra que se digna pronunciar, obliga a recordar que la imagen de un pueblo no se decreta y manda publicar. Baste recordar que, en un período de intensa redefinición de intereses y de poderes, la competencia en las zonas de confluencia de intereses hace de la imagen nacional un objeto que merece el mayor cuidado a los adversarios. Cuidado que no es dirigido en el sentido de definirla en términos favorables, y contra ese hecho no sirve para nada blandir una justificación moral. Pero—y esto creo es más importante aún—la red de las organizaciones no estatales, unas legítimas, otras revolucionarias, mas todas sirviendo intereses que no perdonan cualquier temor reverencioso a las soberanías que le son contrarias, o sencillamente no entienden, no cuentan entre los procedimientos de abordaje que las pueden influenciar, un respeto supersticioso por el poder y por sus agentes, cuyo discernimiento no está aumentado por la función. Merced a nuestra experiencia, deberíamos entender esto más fácilmente que ningún otro pueblo, pues en efecto, fué el movimiento desencadenado por la expansión portuguesa en toda la Europa del frente marítimo el que también dió importancia internacional, siempre creciente y mayor ahora que en cualquier otra época, a la *imagen de cada pueblo*. No es que sea posible concebir cualquier forma de relación entre los pueblos sin la formación recíproca de una imagen en función de la cual definen los respectivos tipos de relación. Existe, por otra parte, experiencia inmemorial de conflictos evitables

y determinados apenas por el error de la imagen formada. Sin embargo, fue la concepción de la unidad del mundo, basada en la experiencia, la que dio origen a la importancia general de la imagen de cada pueblo. Podemos fijar, a partir de la fecha del viaje de Vasco da Gama, el comienzo del proceso, pero será conveniente añadir los viajes de circunnavegación para comprender cómo el fenómeno portugués sirvió de base a un fenómeno político que todavía hoy condiciona de forma tan evidente las relaciones internacionales. Fernando de Magalhães, minado por un disgusto que afecta con mucha frecuencia, a lo largo de la historia, a varios de nuestros mejores hombres, hizo el primer viaje de circunnavegación; la atracción del Mar del Sur (Pacífico) induce a una expedición inglesa, mandada por Francis Drake, a realizar en 1577 el segundo viaje de circunnavegación, seguido en 1586 por el viaje de Cavendish. Después viene la rutina. Estos viajes aumentaron la importancia del fenómeno portugués en el proceso de la *planetización política*, no sólo por el comienzo de la expansión, sino también por las posiciones geográficas adquiridas y, en aquella época, muy especialmente por la obtención de soberanía sobre el Brasil. Antes que cualquier otra región del mundo hacia donde desencadenaron la expansión de la soberanía europea, las Américas, y principalmente el Brasil, fueron la tentación, el campo de experiencias y ensayos de los pueblos europeos envueltos en el proceso. Hasta el indiscutible papel de España en este proceso de planetización de la política, y por tanto en la relevancia internacional del fenómeno de la imagen de cada pueblo, tuvo mucho de su importancia histórica basada en el Brasil durante el período felipino. Los casos de Fenton, en 1538; Withrington y Lister, en 1586; Thomas Cavendish, en 1591; Lancaster, en 1595; la conquista que va del Paranaíba, en 1584, a la ocupación del Pará, en 1616, documentan suficientemente la afirmación. Los pueblos portugueses y españoles, y también los franceses, ingleses, holandeses y alemanes, aprendieron allí antes que en cualquier otro lado la necesidad de formar y transmitir una imagen de su pueblo a aquellos otros con los cuales pretendían entrar en relaciones, relaciones que iban del simple comercio al establecimiento de la soberanía. La fenomenología comunicacional tan sólo en nuestro tiempo habría de asumir una autonomía científica y un reconocimiento universitario, pero su extrema importancia para las relaciones entre los pueblos fue empíricamente reconocida, al menos desde entonces, y el poder político encontró siempre, entre sus preocupaciones, la de conseguir definir y transmitir una imagen favorable de su pueblo.

Como es frecuente que ocurra en las relaciones entre los pueblos, es pre-

cisamente en clima de guerra, o a causa de la guerra, cuando éste problema acostumbra a llamar más la atención de los responsables. La última conflagración mundial fue un ejemplo evidente de ello, llegando a ser calificada como *la guerre du mensonge*, tan apresuradas y deformadas fueron algunas veces las imágenes que se pretendieron transmitir y hacer aceptar. Pero en el momento en que estalló la última guerra mundial, Europa tenía ya una gran experiencia de la importancia internacional contemporánea de la imagen de cada pueblo. Ciertos regímenes políticos autoritarios adoptaron, como instrumento esencial, las técnicas destinadas a esa definición y también a su propagación y radicación, habiendo acontecido incluso que dicho aparato de propaganda fue usado en el sentido de confundir la imagen de los pueblos con la imagen de sus jefes ocasionales. Ciertos acontecimientos muy recientes, concretamente lo que en el Este se llamó la lucha contra el culto de la personalidad y la desestalinización, están relacionados con aquella intencionada sobreposición de imágenes de los pueblos y de sus jefes.

Naturalmente, la multiplicación de las soberanías después de terminar la última gran guerra, y la llegada a la convivencia internacional, expresando, con mayor o menor autonomía, sus concepciones de muchas decenas de pueblos, implicó un fenómeno de acomodación de intereses sin precedente en el pasado. Pero este fenómeno de acomodación de intereses tiene como elemento importante, y quizá básico en el comienzo de cada nuevo proceso de aparición de una soberanía nueva, la definición o redefinición de las imágenes de los Estados nuevos y viejos que entran en contacto. Una definición o redefinición, que ante todo está condicionada fundamentalmente por los intereses que sirve el poder político, y que por ello no está necesariamente subordinada a la exactitud de los hechos, porque predomina a su utilidad para la lucha política internacional. Muchos pueblos se atrasaron, con evidente perjuicio, en el entendimiento de esto, y no debemos ocultar o ignorar que ese fue el caso portugués. Ya en los años, que parecen tan lejanos, en que se produjeron los primeros síntomas del futuro ataque a Goa, tuvimos la ocasión de proponer que estos problemas fuesen objeto de un servicio especial, que sería creado en estrecha colaboración con el Ministerio de Negocios Extranjeros, porque esto, que tiene importancia para los países ricos y poderosos, aún la tiene mayor para los pequeños países cuyos intereses revelan como variable fundamental, siempre, la coyuntura internacional y, por consiguiente, la imagen que consiguen transmitir y hacer aceptar. No debe ser posible comprobar hoy la importancia de

este problema, la necesidad de encararlo con visión amplia y no puramente reglamentaria. Sobre todo, porque se trata de un problema que condiciona y afecta largamente el esfuerzo militar, siempre que éste sea necesario, y muy especialmente cuando tal esfuerzo se exige a una economía cuyos sectores industriales no cubren requerimientos esenciales del sector militar. La cooperación y ayuda que se puede alcanzar depende mucho de la imagen que se haya transmitido y conseguido hacer aceptar por los países cuya cooperación es necesaria, especialmente cuando sus gobiernos dependen de la opinión pública.

Quizá pueda parecer exagerado decir que no hay país europeo, del llamado *frente marítimo*, que no entienda la vocación de la expansión más allá de las fronteras. Pero en lo que sin duda no existe la menor exageración es en afirmar que todos los países que corresponden al concepto sociológico de *sociedad industrializada* están animados de una dinámica de expansión que torna actualísima la función de la *imagen de cada pueblo*. Basta reparar en los Estados con vocación de Estados directores, en el respectivo ámbito de los Pactos de Varsovia y de la N. A. T. O.

Tampoco será abusivo sacar de aquí la conclusión del derecho que tiene cada pueblo a la no deformación de su imagen. Cuando menos es muy lógico concluir la conveniencia que cada pueblo tiene en procurar difundir y en procurar defender la integridad de su imagen. La primera condición es, ante todo, la de la autenticidad de su vida interior. Lo que no es fácil tarea, pues está menos al alcance de los pequeños que de los grandes países el divulgar una imagen que no corresponda a los hechos. La autenticidad no es tan sólo una virtud colectiva, es una necesidad de defensa.

La evidencia de la primordial importancia que tiene la imagen de cada pueblo conduce inevitablemente a recordar también la importancia esencial de las técnicas de la información. Tan desarrolladas y poderosas se hicieron que su evolución no dejó de afectar al propio concepto de libertad de expresión, y particularmente de libertad de prensa. Más allá de la importancia primordial que tiene la libertad de pensar y expresar el pensamiento, se define con gritante autonomía el derecho de informar y ser informado con exactitud. Evidentemente está contra el derecho natural ofender gravemente la dignidad de la persona humana, encaminar a los hombres hacia la aceptación de todos los sacrificios en función de imágenes conscientemente deformadas de los pueblos y de los hechos. Ya es suficientemente angustioso que las circunstancias que rodean la lucha política mundial dentro y fuera de los países nos obliguen

a vivir en un mundo que para cada uno de nosotros resulta en gran parte confidencial. Si a la confidencialidad fuese añadida la información, conscientemente deformada, mutilada u omitida, ¿en qué mundo de fantasmas estamos condenados a vivir? Pues justamente es en ese mundo deformado donde la defensa de la auténtica imagen de cada pueblo tiene que hacerse diaria e incansablemente. Pero esta defensa no puede prescindir de las técnicas, de los conocimientos, del equipo humano y material en que asienta la complicada manipulación de la opinión mundial. Complicada, pero exacta en el funcionamiento, precisa en los detalles, eficiente en la acción. Una manipulación que se hace con orden, con método, con planificación. A esto se tiene que responder con la misma minuciosa preparación, con el conocimiento de las mismas técnicas, utilizando idéntica experiencia, con los medios de enseñanza, experiencia y acción que proporcionalmente aseguren una defensa razonable.

Se trata de una necesidad de defensa, para satisfacer la cual tiene que aceptar el Estado que no puede ser apenas gestor, que necesita también realizar un esfuerzo para ser aceptado como coordinador. O, dicho sea de otro modo, la autoridad no puede ser relevada de enfrentar este problema con decisión, no se le puede consentir que viva en un peligroso alejamiento, no puede dejar de exigírsele que se organice y adapte a la ejecución de esta tarea fundamental. También tiene que aprender a no trasladar hacia este campo supersticiosos hábitos de mando; tiene que adaptarse a no ser tan sólo gestora, sino a conseguir ser admitida como coordinadora e inspiradora. Tiene que saber que en este campo no le pertenece fundamentalmente mandar y sí convencer, aun cuando se trate de sus propios nacionales esparcidos por el mundo. Y quizá más rigurosamente, sobre todo en el caso de tratarse de sus nacionales esparcidos por el mundo, porque éstos se encuentran autorizados, por derecho natural, a transmitir la imagen de su pueblo, y eximidos, por la naturaleza de las cosas, de obedecer a todas las orientaciones que sobrevengan a los soportes de la autoridad. Una razón más, y no sin importancia, para reafirmar la necesidad de reconducir a la unidad la dirección de todos estos problemas relacionados con la expresión internacional de nuestros intereses. Una dirección que tiene que ser flexible, que necesita descentralizar las iniciativas, que acoger, sin geometrismos, la espontaneidad que se muestre útil. Y que necesita asimismo fomentar estudios serios, realizados a conveniente distancia. Estudios estructurados en función de un objeto nuevo que exige nuevos métodos y una actitud mental de defensa y de cooperación que rebasa en mucho los objetivos

de los cuadros clásicos. No estará de más insistir en que no se trata ya de programar un esquema de relaciones con media docena de centros autónomos de la decisión política, por otra parte perfectamente definidos por la historia, afeccionados por el tiempo, de vocación conservadora más que de innovadora. Sólidos como el Imperio británico, seguros como la libra, son expresiones que no corresponden a ninguno de los centros políticos autónomos de nuestro tiempo, todos ellos obligados a valorizar su vocación innovadora para la defensa de sus intereses vitales. Ese saber tradicional de las interdependencias, codificado en obras clásicas, expreso en aforismos familiares, simbolizado en consagradas figuras, regularmente premiado en servidores típicos, es definitivamente insuficiente para enfrentar la necesidad de analizar, prever, anticipar las tendencias de los países que se multiplican sin experiencia, sin historia, sin pasado y sin proyectos de futuro, pero que buscan todo eso y exigen una atención y un cuidado sin ningún precedente. Lo que se les ocurre hacer en el campo de las comunicaciones aéreas o marítimas afecta inmediatamente a los esquemas de defensa de integridad territorial de otros, tiene repercusiones en los presupuestos de los países interesados, atañe al sistema fiscal y así por delante. Por otra parte, y no pretendiendo ser más que ejemplificativo, es cierto que la prosperidad de muchos de los países que pertenecen a nuestro espacio cultural se basa en la capacidad de su iniciativa privada para proyectarse allende las fronteras, adiestrándose en una diplomacia apropiada que aparece apoyando, impulsando o anticipándose a la diplomacia oficial en las mesas de las conferencias. Pero ésta no prescinde, ni puede, de su especialización y suficiencia, basando en la observación minuciosa, en el estudio continuo y en el aprovechamiento de cuadros altamente valiosos y profesionalizados, la anticipación de las políticas que quedan en el campo de la autoridad. Ya es hora de considerar debidamente la importancia de los estudios de coyuntura, de la historia del presente, de lo incierto, y fundamentalmente de institucionalizar la investigación de la coyuntura internacional en un instituto apropiado que nada tenga que ver con los legítimos campos de competencia de la enseñanza establecida. Pero que, sin embargo, tenga que ver con intereses vitales que no es prudente dejar de encarar con instrumentos que acompañen en su estructura la novedad del objeto. Un organismo que tiene que estar enclavado en la línea de la vocación innovadora, que tiene que responder a los nuevos desafíos de nuestro tiempo. Y que, si viniere a ser creado como es menester, bien necesitamos que no sucumba bajo la protección de alguna de las sólidas vocaciones que únicamente parecen realizadas cuando transforman la vitalidad en rutina.

3. Y aquí enfocamos el segundo de los aspectos a que pretendemos reducir los comentarios de esta conferencia. Durante siglos, Europa fue el punto de partida y el punto de llegada de todo pensamiento y de toda acción de proyección planetaria. Nos cabe una participación esencial y honrosa en esta misión. Sea cual fuere la evolución de la balanza de poderes, estará para siempre presente en todos los rincones del mundo, al menos en la definición de los procedimientos de encarar la naturaleza, así como en la humanización del espacio interplanetario. Mas, capaz de todas las contradicciones, ambiciosa de todos los caminos, siempre arrepentida de no haber hecho justamente «otra cosa», pareció repentinamente cansada de estar en todas partes y deseosa de no participar en la gestión de los problemas que sólo existen porque ella misma los suscitó y esparció por el mundo. Cuando, no raramente, se dio cuenta de que este cambio de actora a espectadora autorizaba gravísimos atrevimientos contra sus intereses esenciales, se quejó repetidamente, casi siempre llena de razón, de la poca habilidad de los E. U. A. para sostener posiciones vitales de Occidente. Pero escasas veces se le ocurrió preguntar si esta situación de dependencia sería prueba de su propia habilidad y sabiduría. Sin embargo, más importante que esta querrela, que respecta a la justicia de la Historia, es tener definitiva conciencia de que la apretada red de las solidaridades no permite a ningún país ser verdaderamente ajeno a las decisiones de los demás. Aun cuando la voluntad de los gobiernos encaminó a los países en el sentido de retirarse del papel de agentes para el de espectadores, todos continuaron a participar en las consecuencias. A ningún acontecimiento se puede llamar ajeno; no hay verdaderamente conflicto en el que sus intereses dejen de ser puestos en peligro.

Más de una vez hemos subrayado que el equilibrio de impotencia a que fueron reducidos los Estados que disponen de la energía nuclear aumentó la capacidad de acción de las pequeñas y medianas potencias. Aumentó esa capacidad de acción en la medida en que los grandes poderes no pueden considerar intereses vitales que antes se atrevían a calificar de ese modo, porque el uso de la última razón, que es la energía atómica, puede acarrear su propia destrucción. Por eso están obligados a dejar en la esfera de los intereses desamparados de los de su poder supremo, intereses que afectan de modo muy serio a la comunidad internacional, y que pequeños países no dudan en herir, seguros de una impunidad para la que todavía no se buscó un remedio adecuado. Una impunidad que se transforma en calvario de poblaciones inocentes, las cuales, en vista de las generosas declaraciones de los

jefes responsables, no pueden dejar de atribuir sus infortunios a indomables fuerzas demoníacas. Quizá sea por este calvario, en el que todos reciben su parte de amarguras, incluso en relación a acciones de la que están inocentes, como vendremos de nuevo a convergir en un alineamiento de actitudes, en una coordinación y respeto de misiones que salvaguarden al mismo tiempo la esencia de las patrias, la peculiaridad de los grandes espacios históricos y la unidad del género humano. La dignidad del hombre, por decirlo todo con brevedad, ya que al parecer ella no puede ser considerada íntegra si se le amputa alguno de los elementos que forman parte esencial de su circunstancia. Esta comunión forzosa que caracteriza la coyuntura que nos tocó vivir no la debemos recibir como una condena, porque no fue sino el resultado de una tarea que es común a todos los pueblos y de la que podemos reivindicar una parte muy principal.

El largo proceso de lucha contra el etnocentrismo, a camino de la implantación efectiva de la regla de la igualdad del género humano, no consiguió todavía que se dejara ver la diferencia entre blancos, negros y amarillos, puesto que el racismo es una de las mayores calamidades de nuestro tiempo. Sin embargo, consiguió ya que el mundo fuese considerado como una unidad, en donde incluso los que se niegan a reconocer iguales en todos los grupos del género humano saben que están condenados a vivir juntos y a sufrir recíprocamente los efectos de las respectivas actitudes. Así comenzarán, de hecho, a sentirse iguales sin pérdida de la consiguiente individualidad. Lo que tenemos que aprender es a vivir juntos, sin dejar de ser diferentes, y este saber ha de ser hijo de la experiencia, porque la experiencia, para valer, siempre fue una vía dolorosa. Una de las cosas dolorosamente aprendidas es que el mundo actual se aleja, con más frecuencia de lo que sería deseable, del mundo soñado. Los viejos acostumbran a decir eso a los jóvenes, con la intención de prestarles un servicio, pero con ello no hacen más que anticiparles alguna desilusión. Y quizá no hagan tampoco lo que sería más conveniente a la colectividad. Lo que interesa a ésta es que, según la sabiduría de las naciones, los hombres planten hoy manzanos, aun suponiendo que el mundo acabe mañana. Este acabamiento del mundo lo habremos de entender aquí en el sentido de que la ley de complejidad creciente que referí, el aprieto de las redes de la interdependencia, la comunión en los resultados de las acciones ajenas en las que no participamos, puede frustrar perfectamente y en cada momento los esfuerzos sistemáticos de mucho tiempo. La fragilidad y la contingencia del esfuerzo individual y colectivo nunca fue tan evidente,

quizá porque nunca fué tan grande el poder del hombre y de sus instituciones. Cada hombre y cada institución puede ser llamado en cada momento, y sin vocación, a cargar las culpas de los demás y a dar testimonio por ellos. La paz de los países es perturbada por decisiones emanadas de lejos, sin identificarse de dónde, y con ella se pierden esfuerzos, se paralizan iniciativas, se atrasan planes, se abandonan proyectos. La tranquilidad privada depende cada vez más de decisiones incontrolables y no identificables, de origen público y no público. La realidad que enfrentamos por todas partes da muestras de estar alcanzando un punto crítico que superará, en nuevas cualidades, la extremada contingencia y fluidez de la coyuntura. Recuerda la necesidad de creer para accionar, y de accionar para comprender. Pero eso no debe desviarnos de modo alguno de la lucha secular que se destina a comprender para prever y para accionar, pues ello sólo debe tornar más evidente la necesidad de estudiar y de prevenir a distancia, y tornar más evidente asimismo el deber que tenemos de crear los medios de estudio y previsión que habiliten a proceder con la seguridad que esté al alcance de los hombres. Cada generación tiene que ser preparada para que pueda responder a los problemas de veinte años más tarde y no para los problemas contemporáneos de su extrema juventud, en la que no les será entregada la responsabilidad. La imagen que forman los jóvenes de su comunidad es la que intentarán llevar a cabo cuando, veinte años después, les sea entregada dicha responsabilidad forzosamente. Esto, si es que la vida ha de tener algún sentido, porque no parece que lo tenga fácilmente aquella que no fuere dedicada a la ejecución de un sueño de joven. La interdependencia creciente, la vulnerabilidad de nuestros intereses, exigen que nuestros equipos de investigación y de enseñanza sean enriquecidos con los instrumentos necesarios para que el acento tónico de las preocupaciones sea colocado en previsión. Precisamente porque la coyuntura es difícil, porque los datos se alejan de nuestra pasada experiencia, porque el desafío a nuestra integridad es más agudo, es por lo que el sentido y el valor de enfrentar lo real son un patrimonio irrenunciable. ¿Habrá otro camino humano, europeo, digno y nacional?

4. La fuga de lo real fue siempre uno de los caminos señalados a la angustia occidental por un linaje de utopistas que no lograron dar carácter a nuestra personalidad básica. Antes al contrario, el conocimiento y dominio de lo real, la confianza en la técnica y en la razón, la esperanza perenne de impregnar de sentido un mundo sin sentido, el humanismo, la permanente

disposición para aceptar y dar respuesta a todos los desafíos del mundo y de la vida, son actitudes que definieron un camino diametralmente opuesto. Por tradición, el occidental combate y no se dimite de su escala de valores; puede resignarse, mas no capitula de su concepción de vida. Atento a la importancia del tiempo, lleva el reloj en la mano para saber las horas y sobre todo para no perder el momento exacto. Esta es quizá una de las señales más evidentes de su permanente estado de alerta para todos los combates. Se enorgullece de estar en minoría y no celebra de verdad un triunfo si no puede recordar algún instante en el que todo estuvo a punto de perderse. No hay India que valga sin Tánger que sufrir; no hay Vasco da Gama que triunfe sin Bartolomeu Dias que se pierda; no existen mañanas deseados sin noches de amargura. Cuando en 1848, en el preciso momento en que se imprimía el Manifiesto Comunista de Marx y Engels, partían del Havre, a bordo del «Roma», los utopistas de Icaria, descreídos del viejo mundo, la fuga de lo real era una posibilidad de paz por dimisión. Tal vez nada de lo que ocurrió después pueda entenderse, sin hacer referencia a la publicación del Manifiesto, pero en verdad todo sería completamente distinto si la partida hacia Icaria hubiera sido adoptada como modelo de conducta por los demás. Cuando el espíritu de Munich pareció dominar Europa, y se llegó a creer que las manos dejarían de servir para bendecir, rezar y trabajar para ser usadas tan sólo en saludos de partido, la capacidad de permanecer en minoría hizo posible rebasar el punto crítico de la perdición eminente, a camino de la salvaguarda de los valores esenciales. No se trata nunca de estar solo, se trata mejor de procurar estar humildemente en la secuencia de las generaciones que construyeron un patrimonio que es la contribución occidental a la riqueza común de la humanidad. Se trata de hacer el esfuerzo de comprender que nadie es un punto de llegada, que todos somos un punto de paso hacia un futuro indefinido. Se trata de entender que la concepción de vida es la que define a los hombres como contemporáneos, más allá de las generaciones y de la muerte, y que en las opciones a que nos obligan las contingencias hay siempre una pirámide, desde cuya cúspide nos contempla la Historia.

ADRIANO MOREIRA.

